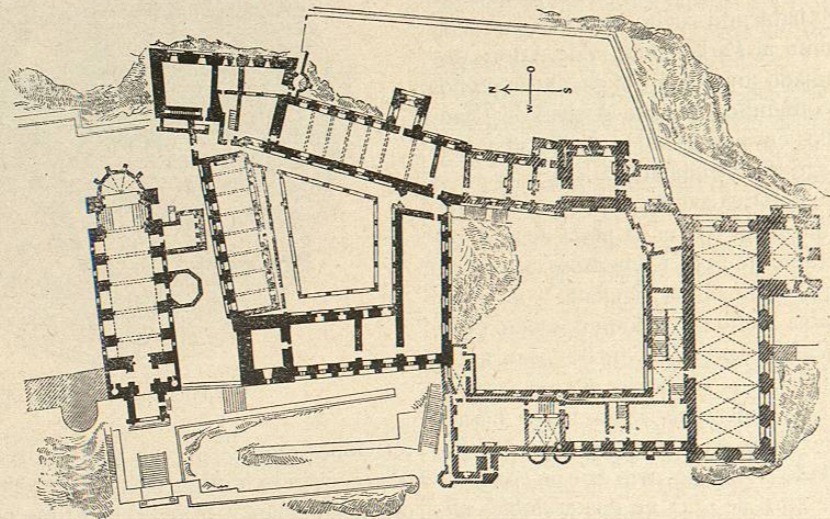


transferir la Sede pontificia fuera de Roma, y no creyó en modo alguno comprometer el porvenir cuando se instaló modestamente en el convento de los dominicos, cuyo magnífico claustro tanto le gustaba.

A su muerte, acaecida en 1314, los cardenales se dividieron en dos bandos para nombrarle sucesor: los italianos por un lado, y por otro los langüedocianos y los provenzales, pasaron más de dos años disputándose sin verificar la elección, y fué preciso que el conde de Poitiers, que pocos días después era el rey Felipe V, los tuviera encerrados en un convento de Lyón, para que se decidieran, en 7 de agosto de 1316, á elegir papa á un francés, el cual tomó el nombre de Juan XXII. El



Plano del palacio de los papas en Aviñón

nuevo pontífice se hizo coronar en tierras del rey de Francia, en Lyón, y demostró su celo por la nación francesa en sus tres primeras promociones de cardenales, en 1316, en 1320 y en 1327, en las cuales creó veinte cardenales franceses; y para dar gusto al rey de Francia se estableció de una manera estable á orillas del Ródano. Juan XXII, que había sido obispo de Aviñón, quiso hacer de esta ciudad una nueva Roma, y habiéndose instalado en el castillo episcopal, dió comienzo á importantes obras de arquitectura y de pintura, restaurando y ensanchando los templos de la población y embelleciendo los castillos pontificales del Comtat (1).

Vecino el papa del rey de Francia, establecióse entre ambos un cambio de buenos servicios: el monarca obtenía del pontífice cuantos nombramientos de cardenales y obispos quería, colaciones de beneficios para sus protegidos y con mucha regularidad diezmos muy lucrativos sobre las rentas del clero; y Juan XXII, á su vez, esperaba el apoyo del rey en las encarnizadas luchas que en aquella sazón sostenía contra Luis de Baviera en Alemania, y contra el partido gibelino en el Norte de Italia. Así comenzó «la cautividad de Aviñón», que puso al papado bajo el poder del rey de Francia y que había de ser causa de tantos desórdenes en la Iglesia.

Muy estrecha parecía también la amistad entre el rey de Francia y la casa de Luxemburgo, que poseía el reino

(1) Faucón, *Les Arts à la cour d'Avignon sous Clément V et Jean XXII*, «Melanges d'archéologie et d'histoire de l'École de Rome», 1884.

de Bohemia y que había avanzado ya hasta el imperio. El emperador Enrique VII había sido un príncipe enteramente francés (2); su hijo, Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, había asistido á la coronación del rey de Francia Carlos IV, con quien casó su hermana María en 1322; el rey Juan había enviado á París á su hijo Wenceslao para que aprendiera maneras cortesas, y Wenceslao se quedó allí, se desposó con la hermana de Felipe de Valois, y aun trocó su nombre por el de Carlos, que era el que llevaba el rey de Francia. El advenimiento de los Valois estrechó aún más estas relaciones amistosas entre ambas casas, y el rey Juan de Bohemia asistió á la coronación de Felipe VI, á la jornada

de Cassel, á la condenación de Roberto de Artois y á la ceremonia del homenaje prestado por Eduardo III, como si hubiese sido el testigo indispensable de todos los grandes sucesos del nuevo reinado. Ambos reyes tenían los mismos gustos: al igual que Felipe VI, el rey de Bohemia era caballeresco y fastuoso, «el más noble y gentil en prodigalidad de cuantos en aquel tiempo reinaban.» Pero como su patrimonio era mediocre y su reino de Bohemia nada le producía, acudía con mucha frecuencia á la bolsa ajena y era muy mal pagador, lo cual no impedía que su ambición no tuviera límites. Villani le llama *il Boemino povero di moneta e cupido di signoria*, «el Bohemio pobre de dinero y ávido de señorío.» Estaba dotado de grandísima imaginación, tenía siempre en la cabeza algún vasto proyecto y en marcha alguna negociación quimérica. Hasta su muerte debía permanecer fiel á Felipe VI.

Hubiérase podido creer que estas relaciones y alianzas arrastrarían la política de Felipe VI del lado de Italia ó de Alemania. En 1330, el rey, como si quisiera intervenir activamente en los asuntos italianos, se hizo otorgar por el papa el derecho de ocupar Parma, Módena y Reggio; además estaba en correspondencia con las principales ciudades lombardas. Algunos años después compró á Juan de Bohemia la ciudad y señorío de Lucca; quizás pensaba, como cree Villani, establecerse en Italia. Entretanto, dejóse atraer por un instante en una de aquellas hermosas combinaciones que con tanta

(2) Véase pág. 335.

fruición bosquejaba el ingenio fecundo del rey de Bohemia, y según la cual Felipe debía recibir el reino de Arlés como precio del concurso que prestaría á Juan para conquistar la corona imperial. Mas ninguno de estos proyectos tuvo consecuencias prácticas, pues la imaginación del rey de Francia no tardó en saltar por encima del reino de Arlés y de las llanuras lombardas, para soñar, como sus predecesores, con una cruzada.

A ella se preparaba desde 1330. A principios del invierno de 1331, Pedro de la Palu, patriarca de Jerusalén, de regreso de una embajada cerca del soldán de Egipto, emocionó profundamente al rey y á su corte con el relato de las miserias de los cristianos y de la obstinación del soldán. Todos los que le escucharon estuvieron «de acuerdo para ir al otro lado del mar á fin de reconquistar la Tierra Santa.» El papa tomó el asunto por su cuenta y comenzó la predicación.

Felipe VI, dando el ejemplo, recibió la cruz en Melún en 25 de julio de 1332; y en 2 de octubre celebró una gran asamblea de prelados, de nobles y de diputados de las ciudades, en la cual anunció su próxima partida y organizó la regencia. Un año después, en 1.º de octubre de 1333, en el Pré-aux-Clercs, Pedro Roger, arzobispo de Ruán, predicó de nuevo, subido en un gran catafalco, «el santo viaje de ultramar.» Algunos señores se cruzaron, pero no tantos como se había creído; la gente se acordaba de que había sido «escaldada,» y muchos temían «que los sermones que se hacían en nombre de la Cruz fueran hechos por dinero.»

Entretanto, hacíanse preparativos al parecer muy importantes. Los gastos de la expedición estaban asegurados con los diezmos eclesiásticos y con varias rentas de la Iglesia afectas á la cruzada, debiendo ser este dinero puesto en lugar seguro y cuidadosamente guardado, respecto de lo cual hizo el rey de Francia las más solemnes promesas; enviáronse subsidios al rey de Armenia; solicitóse del rey de Inglaterra que se uniese á la cruzada; el emperador Luis de Baviera y el rey de Hungría prometieron facilitar el paso por sus tierras; entabláronse negociaciones con Venecia; Felipe VI fué nombrado, en 11 de noviembre de 1333, por el papa generalísimo de las tropas cruzadas; un dominico alemán, Brocard, le dedicó un plan de cruzada en latín, que Juan de Vignai tradujo al francés; y mientras Guido de Vigevano describía las máquinas, puentes y buques necesarios para la guerra santa, partían misiones para Oriente; Pedro de Asnières iba á Chipre y á la corte del rey de Armenia; Juan de Marigni, obispo de Beauvais, llevaba al soldán cartas de desafío; Juan de Chepoi comenzaba á reconocer el camino con algunas galeras y se reunían grandes aprovisionamientos en las costas del Mediterráneo.

Nunca pareció más asegurada la cruzada que en 1336, cuando Felipe VI fué á Aviñón á visitar al papa Benedicto XII, que acababa de suceder á Juan XXII. El rey había viajado muy lentamente «para divertirse y distraerse» y «para aprender á conocer sus ciudades, sus villas, sus castillos y á los nobles de su reino.» Con él iban los reyes de Navarra y de Bohemia, y á Aviñón llegaron también los de Aragón y de Sicilia. Aquella conferencia de reyes duró hasta fines de cuaresma, y el Viernes Santo el papa predicó «el digno sufrimiento de Nuestro Señor y recomendó el viaje de la Cruz.» El rey

de Francia, al salir de Aviñón, fué á Marsella para ver sus barcos; pero allí debía terminar aquella gran cruzada: desde últimos de 1336 otros asuntos más cercanos reclamaron la atención del monarca; iba á comenzar la guerra inglesa.

## CAPITULO II

EL REY Y EL REINO DE FRANCIA.—EL REY Y EL REINO DE INGLATERRA

I. Felipe VI. El poder real. El ejército.—II. Estado económico del reino.—III. Eduardo III. Inglaterra. El ejército inglés.

### I.—Felipe VI. El poder real. El ejército (1)

Antes de entrar en la narración de la guerra de Cien años, que originó una de las crisis más graves de nuestra historia, es preciso examinar qué espíritu y qué fuerzas aportaban á ella el rey Felipe y el reino de Francia por un lado, y por otro el rey Eduardo y el reino de Inglaterra.

Es difícil formarse una idea de Felipe VI en los comienzos de su reinado, durante aquellos años de paz y de vastos proyectos: en todo aquel período, sólo en raras circunstancias demostró el arrebató y la debilidad de carácter que tanto le reprocharon más adelante los cronistas. Petrarca dice que era muy ignorante y le tiene en poco aprecio; pero los juicios de Petrarca sobre Francia y sobre los franceses son sospechosos. El gusto por las obras del talento fué hereditario en los Valois: Felipe VI compraba libros que no eran todos devotos, puesto que en el número de ellos se encuentra un ejemplar de las fábulas de Ovidio; hizo además que un monje de Saint-Denis le compilara para su uso un manual de historia universal (2), y en 1333 prestó gran interés á las controversias que se sostuvieron acerca de la «visión beatífica,» opinión sutil que pretendía que las almas de los bienaventurados no ven á Dios cara á cara antes del juicio final, haciendo que dos veces discutieran en su presencia los partidarios y los adversarios de esa doctrina y manifestando su parecer al papa.

Felipe VI sentíase atraído hacia tales cuestiones, movido sin duda por su piedad. Los actos de los primeros años de su reinado están llenos de donaciones pías á los establecimientos religiosos, especialmente á los que se consagraban á obras de caridad; y lo mismo al partir para Flandes que á su regreso de aquel país multiplicó las devociones, afirmando el cronista de Saint-Denis que su celo excedía á todo cuanto se había visto hasta entonces. Era en extremo aficionado á las peregrinaciones; así en 1330, con motivo del nacimiento de un hijo, y en 1336, después de la curación de Juan, el heredero de la corona, fué á Marsella á orar junto á las

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Leclerc y Renán, *Discours sur l'état des lettres et des beaux-arts au XIV<sup>e</sup> siècle*. («Histoire littéraire de la France,» XXIV), segunda edición, 1865. Delisle, *Le Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque nationale*, I, 1868. Viard, *La France sous Philippe de Valois*, «Revue des Questions historiques,» LIX, 1896, y *Un chapitre d'histoire administrative. Les ressources extraordinaires de la Royauté sous Philippe VI*, «Revue des Questions historiques,» XLIV, 1888. S. Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, 1876.

(2) Couderc, *Le Manuel d'histoire de Philippe VI*, «Etudes p'histoire du Moyen Age dédiés á G. Monod,» 1896.

reliquias de un santo de su raza, Luis de Anjou, que en vida había sido obispo de Tolosa. En marzo de 1330 hizo publicar una ordenanza sobre los juramentos feos y las blasfemias, ordenanza que fué renovada en 1348 y en la cual aumentó las penas decretadas por San Luis. Por todo esto se le llamó Felipe el *óptimo Cristiano* y hasta Felipe el *verdadero Católico*.

Pero Felipe VI, aun siendo tan piadoso, no fué un monje. Viudo, después de treinta y cinco años de matrimonio, de Juana de Borgoña, mujer exigente é implacable á quien se llamaba la «mala reina de Francia,» contrajo, al cabo de un mes, segundas nupcias con su joven prima Blanca de Navarra. De su primer matrimonio tuvo siete hijos y una hija, y aun se cree que dejó un bastardo (1). Quería entrañablemente á sus vástagos: el mayor, Juan, vióse col-



Moneda de Felipe VI

mado de rentas y patrimonios, habiendo recibido en dote la mejor porción del reino, la Normandía con el Anjou y el Maine; y cuando fué armado caballero, celebráronse en honor suyo grandes fiestas, habiéndose el rey ocupado personalmente «de la guarnición de oro y de la confección de un cinturón de cuero de león» para Juan «nuestro hijo.» Cuando Juan está enfermo, también es el rey quien participa á los de las cuentas «que nuestra querida compañera la reina ha mandado hacer, por orden nuestra, un pote de oro de cuatro marcos once esterlinos de peso para las necesidades de la enfermedad de Juan, nuestro hijo.»

Felipe VI era ante todo un caballero. Habiendo sabido que Eduardo III quería organizar una fiesta de la Tabla redonda, hizo preparar otra semejante, aún más maravillosa. Froissart, eco de recuerdos vivos todavía, describe la vida de placeres que se llevaba en los días más felices del reinado en Vincennes, «la residencia más caballeresca,» inmediata á un parque famoso lleno «de la caza más noble.» «Y albergaba en su palacio tres reyes é innumerables duques y condes y barones, y jamás había habido otro rey en Francia de quien se recordara que hubiese sostenido una opulencia parecida á la del rey Felipe. Y mandaba celebrar fiestas, justas, torneos y diversiones que él mismo disponía y ordenaba. Y era un rey modelo de honor, que conocía perfectamente lo que era de bachillería. Mucha era la opulencia de Felipe de Francia, grande y famoso en todos los países.»

Aquel rey caballeresco había de gobernar un gran reino que se extendía desde el Saona y el Ródano hasta el Océano y la Mancha, desde los Pirineos hasta las bocas del Escalda.

La realeza había realizado muchos progresos durante el siglo XIII y el primer cuarto del XIV.

El patriotismo real abarcaba casi la mitad del reino, y aunque en apariencia fraccionado, formaba cuatro grandes grupos: al Norte, una parte de la Flandes valona, Amiéns, el Vermandois, el Valois, la Normandía,

(1) M. Boudet, *Thomas de la Marche, bastardo de France*, x900. Véase la crítica de G. Paris, *Journal des Savants*, 1900.

la Isla de Francia, la Champaña, el condado de Chartres y el Orleanesado; al Oeste, una gran faja de territorios que se extendía desde Normandía hasta la Guiena, y comprendía el Maine, el Anjou, la Turena y el condado de Poitiers, prolongándose al centro por el Berri; el grupo meridional entre el bajo Garona y el Ródano, con una porción de la Guiena que había quedado en poder del rey de Francia, las senescalías de Langüedoc, el condado de Bigorre, la tierra de Auvernia y una parte del Vivarais, y finalmente, al Este, la ciudad de Lyon y el condado de Macón. Varios príncipes dotados, parientes muy cercanos del rey, poseían los condados de Clermont, de Evreux, de Alençon, de Etampes, de Dreux, de Mortain, de Angulema, de la Marca y el ducado de Borbón. De suerte que de los grandes feudos de otro tiempo no quedaban más que cuatro situados en los extremos del reino: la Flandes, la Borgoña al Este (2), la Bretaña al Oeste y la Guiena al Sur.

Por otra parte, el gobierno real estaba ya fuertemente armado.

Sabido es el gran desarrollo que habían alcanzado las instituciones monárquicas: alrededor del rey había el palacio, que comprendía á la vez prebendas honoríficas, servicios domésticos denominados «los seis oficios de palacio,» una caja especial ó cámara de los dineros, la oficina de las escrituras y del sello ó cancillería; para los negocios políticos, las gracias y la elección de los funcionarios, un consejo de formas vagas y variables en el que el rey unas veces reunía sólo á algunos familiares y otras á un gran número de elevados personajes; para la justicia soberana, sesiones de parlamento; para la inspección de las gestiones financieras, la cámara de las cuentas; en el Louvre, el tesoro, y finalmente, en el patrimonio, en las treinta y seis bailías y senescalías, los bailes y senescales, con su caja, su tribunal, su escribanía mayor, y por debajo de ellos los prebostes de Francia, los vizcondes de Normandía, los vegueres, bailes y jueces del Mediodía, los castellanos, los agentes de los bosques, los guardas de los puertos y pasajes encargados de las aduanas, los alguaciles de toda especie, todos visitados é inspeccionados de tarde en tarde por los investigadores y reformadores reales.

Estas instituciones y la actividad emprendedora de todos estos funcionarios prestaban gran fuerza al rey y le proporcionaban medios para hacer sentir en todas partes su autoridad á sus súbditos, á lo cual se añadía el prestigio secular de la raza capeta y sobre todo el recuerdo de «monseñor San Luis» que parecía asegurar á sus sucesores la protección especial de Dios. Aquella realeza tan fuerte y tan venerada carecía ya de contrapeso. Hemos visto que desde Felipe el *Hermoso* habíanse reunido en ciertos momentos y de una manera casi regular grandes asambleas, de las cuales formaban parte miembros del clero y de la nobleza y diputados de las buenas ciudades (3); pero el rey era quien las había convocado en interés de su propia política, sin que ellas hicieran nada para otorgarse derechos. Entre el monarca y los Estados no había mediado carta alguna que

(2) Desde la muerte de la condesa Matilde y la de su hija Juana, acaecidas en 1329 y 1330, el duque de Borgoña, por la parte de su mujer, poseía además el Artois.

(3) Véanse págs. 307 á 310.

limitara el poder real y protegiera al reino contra el gobierno de un mal príncipe.

Al rey de Francia faltábanle únicamente una hacienda segura y un buen ejército. La realeza tenía que vivir del producto de su patrimonio, lo cual constituía un principio de derecho público en la Edad media; pero los productos del patrimonio, en tiempo ordinario, bastaban apenas á cubrir los gastos habituales, gracias al desarrollo del palacio y de las instituciones reales. Según parece, Felipe VI, antes de la guerra inglesa, quiso darse exacta cuenta de la situación de la hacienda, y hasta nosotros ha llegado, en forma de memorias presentadas al rey en 1332 y 1335, unos estados sumarios con los ingresos y gastos al por mayor (1), comprendiendo los primeros únicamente los productos del patrimonio, de la justicia real y de algunas tasas de importancia secundaria y no figurando en los segundos ningún gasto de guerra. Pues bien: el sobrante obtenido en aquellos años de paz es muy insignificante, elevándose á 9.736 libras de París en 1332 (2) y á 31.088 en 1335, lo cual era de todo punto insuficiente para reservar un tesoro de guerra. Ciertamente que en 1335 se mencionan otros grandes ingresos, pero son cantidades percibidas «por una sola vez,» con las cuales no puede contarse para los demás años.

¿Qué hacer con un presupuesto tan poco extensible en caso de estallar la guerra? Como los ingresos ordinarios no pueden asegurar la defensa del reino, son precisos recursos extraordinarios para un momento de peligro «de evidente y urgente necesidad,» según se decía entonces; pero aparte de la explotación del patrimonio, nada hay organizado. Los anteriores reyes han hecho lo que han podido, obteniendo diezmos del papa, apelando al empréstito forzoso, transformando el servicio militar en imposiciones y creando subsidios generales; pero todo esto sin orden alguno, sin regularidad, al día y á cambio de toda clase de concesiones y de promesas locales ó individuales (3). A falta de remedio mejor, han alterado el valor de la moneda descontentando y lesionando á todo el mundo, y siempre ha llegado el dinero á sus cajas penosamente, no sin grandes resistencias y largos aplazamientos y también no sin mermas. Los gastos extraordinarios han superado continuamente á los ingresos extraordinarios, y así lo reconoce la memoria de 1335 cuando declara que no se consiguen «los subsidios para las guerras, para la caballería y para las bodas de los hijos del rey, para los cuales se gastan más de lo que importan, cuando se presenta el caso de percibirlos.» La realeza carecía, en materia de hacienda, de instituciones y de método; y de aquí la falta de seguridad para procurarse los recursos necesarios para una larga lucha.

Tampoco disponía el rey de un ejército regular (4). Ciertamente que le era debido el servicio militar feudal, pero éste se hallaba subordinado á condiciones de lugar y

(1) Moranvillé, *Rapports á Philippe VI sur l'état de ses finances*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XLVIII, 1887. De Boislesle, *Le budget et la population de la France sous Philippe de Valois*, «Annuaire-bulletin de la Société de l'Histoire de France,» 1875.

(2) Y aun esta cifra se consigna «sin hacer deducción de sus grandes donativos y de sus grandes mensajerías.»

(3) Véanse págs. 298 y siguientes.

(4) Respecto del ejército en el siglo XIII, véanse págs. 303-306.

tiempo que no podían conciliarse con una guerra prolongada y general. El llamamiento á todos los vasallos (*arrière-ban*), es decir, la leva en masa en caso de defensa del reino invadido, era también un recurso muy mediano. Además los reyes habían incitado á los que no querían servir á que se redimieran con dinero, y desde hacía mucho tiempo encontraban grandes ventajas en tener á sueldo á los nobles, á los caballeros, á los escuderos y demás gentes acostumbradas al ejercicio de las armas. En caso de guerra se avisaba á todos ellos para que en tal fecha estuviesen en tal lugar; y como las pagas eran elevadas (20 sueldos torneses diarios para un banar (5), 10 para un bachiller y 5 ó 6 para un escudero, según las tarifas vigentes en 1332 y 1335), acudían en gran número al llamamiento, sueltos unos, por grupos otros, así de Francia como del extranjero, especialmente de los Países Bajos y de Alemania, formando un conjunto tumultuoso. Casi todos van montados y acompañados de servidores de toda clase. En el momento en que se les alista son revisados en parada; pero estas revistas dan lugar á multitud de fraudes en cuanto al efectivo, al armamento ó á las monturas. Este es el verdadero ejército, y al lado de estos hombres de armas propiamente dichos es secundario el papel de las gentes de á pie (ballesteros de las ciudades, arqueros y ballesteros genoveses, prácticos de todas clases) ó el de los hombres de las ciudades y del país llano, reclutados y armados á toda prisa al hacer la proclamación del llamamiento general.

Felipe VI adoptó algunas medidas convenientes: fijó una tasa regular para el sueldo de los hombres de armas y de los infantes según su armamento; ordenó en ciertos territorios inmediatos á la frontera, como en el baillío de Amiéns en 1338, que todo el mundo se armase según su fortuna; púsose de acuerdo con varias ciudades para que sostuvieran á sus costas hombres de armas, y otorgó exenciones de impuestos y favores especiales á los ballesteros de las ciudades. Por otra parte, desde el verano de 1333, las fortalezas fueron cuidadosamente visitadas. Pero todas estas medidas surtieron muy poco efecto. Así en las ciudades como en el campo, todos los habitantes procuraban eximirse de los cargos militares, á lo cual prestábase de buen grado el rey, sea por disposición graciosa, sea para sacar dinero de las dispensas. Algunos señores hacíanse dar «grandes pagas» superiores á la tarifa común, y además reclamaban grandes indemnizaciones para sostener su «rango.» El mando y la administración apenas estaban organizados, y el armamento era defectuoso. Los hombres de á pie más apreciados eran los ballesteros; la ballesta era un arco sabiamente construido y montado en una especie de culata con engranaje ó palanca, y su tiro más preciso que el del simple arco, y sus proyectiles más peligrosos; pero resultaba pesada, se cargaba muy despacio y se descomponía muy pronto. Los jinetes no podían con el peso y la complicación de su equipo: espuelas extravagantes, zapatos de punta ó de hierro prolongados «como burla de Dios y de la Santa Iglesia;» gambesones, largos jubones de cuero rellenos de algodón que envolvían el cuerpo; corazas de mallas reforzadas

(5) El banar es el caballero que conduce vasallos nobles bajo su bandera; el bachiller es el simple caballero, y el escudero es el noble que no ha llegado todavía á caballero.

con planchas de hierro; cotas, sobrecotas ó casacones, especie de casacas ajustadas y gruesas; yelmos pesados coronados por cimera; recias espadas que se manejaban con las dos manos para herir con tajo, y lanzas de desmesurada longitud. Los caballos apenas podían moverse á causa del hierro, de las gualdrapas y de los penachos con que iban cargados, y el jinete era una masa rígida encerrada en la alta silla como en una torre, y si era derribado de su montura, difícilmente podía incorporarse, cayendo las más de las veces prisionero y teniendo que comprar su libertad con el rescate.

La caballería formaba una especie de cofradía militar en extremo altanera, que pretendía tener el monopolio de las armas, despreciaba á los infantes, arqueros y ballesteros y no les esperaba para entrar en combate, desordenándolos en el campo de batalla y dispuesta siempre á achacarles la responsabilidad de sus propias derrotas. Y lo peor es que aquella caballería no estaba preparada para la verdadera guerra. Desde principios del siglo las guerras habían sido pocas y cortas, y los nobles desocupados corrían justas y torneos y se hacían leer libros caballerescos. El torneo, prohibido por las ordenanzas reales aunque sin resultado alguno, era para ellos la guerra ideal en donde se manifestaban ostentadamente el valor y la cortesía, y en él se habían creado estrechos convenios á los que se daba el nombre de derecho de armas y cuya observancia era punto de honor para los caballeros franceses; pero aquel derecho estaba en contradicción con las necesidades prácticas de la guerra, á las cuales no se dignó someterse la caballería. Por último, la afición á los placeres y el lujo habíanse desarrollado en la sociedad militar, sin atenuar, empero, la brutalidad de la misma; todo lo brillante, todo lo llamativo, adornos de oro y de plata, telas de seda, pederías, plumas y penachos, era buscado con pasión verdaderamente infantil.

## II.—Estado económico del reino (1)

Por fortuna gozaba entonces el reino de una prosperidad como no la tuvo igual en toda la Edad media. En el siglo XIII y en el primer tercio del XIV, la paz apenas había sido interrumpida, y si bien durante este largo lapso de tiempo hubo algunas revueltas locales, intemperies, carestías y «mortalidades», los efectos de las mismas fueron pasajeros. Las guerras lejanas, especialmente en los Pirineos y en Flandes, habían sido sostenidas sobre todo por la nobleza, y aun cuando habían costado mucho dinero, los impuestos percibidos para sostenerlas no habían agotado las riquezas adquiridas poco á poco. El recuerdo de aquellas luchas se borró tan pronto que, al comenzar la guerra de Cien años, el reinado de Felipe el Hermoso fué en algunas ocasiones celebrado, cual lo había sido el de Luis IX, como una especie de edad de oro.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Levasseur, *La population française*, I, 1889. Pigeonneau, *Histoire du commerce de la France*, I, 1887. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, 1898-1900; en el tomo I de esta recopilación se encontrará una *Bibliografía* corta y substancial, y en el II una útil *Introducción*. Huvelin, *Essai historique sur le droit des marchés et des foires*, 1897. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789*, I, 1900.

La población alcanzó una cifra muy elevada: en un territorio que representa aproximadamente la mitad del reino, contábase (2) el año 1328, 24.150 parroquias, 2.411.149 hogares, lo cual, según los cálculos más moderados, es decir, á razón de 4 habitantes por hogar, daría para la Francia de 20 á 22 millones de habitantes, ó sea una densidad de 38 á 41 habitantes por kilómetro cuadrado, casi la misma cifra de la población francesa á principios del siglo XVIII. En nuestros días, cinco departamentos no han alcanzado aún la densidad de 1328.

Bien es verdad que la población no se hallaba reparada como en la actualidad, habiéndose podido comprobar que en ciertas provincias los grupos de casas aisladas en el campo eran más numerosos antes de la guerra de Cien años que en la actualidad (3); las grandes ciudades eran mucho más raras, á pesar de lo cual se habían constituido ya grandes centros, como, por ejemplo, París, que en 1328 tenía 61.098 hogares imponibles ó sea una población total de cerca de 300.000 almas, y Ruán, que desde mediados del siglo XIII contaba 70.000. Y aunque no pueden aceptarse como rigurosamente exactas las cifras consignadas por los cronistas al tratar del número de víctimas de la peste de 1348, de sus informaciones resulta por lo menos que la población era muy densa y que la mortalidad pudo ser enorme.

En el campo, los progresos realizados eran considerables. Los habitantes del «país llano» se libertaban, bajo muchos conceptos, de la condición atroz y de la miseria á que en otro tiempo se habían visto sometidos. En Normandía (4) hicieron grandes roturaciones en los bosques; creáronse nuevas parroquias y se abrieron nuevos caminos. Ningún aldeano es siervo, ninguno está siquiera gravemente expuesto á la arbitrariedad del señor: aquellos á quienes se denomina «vasallo de vasallo ó primogénito» son «hombres libres» que pagan sólo por sus tierras una renta y derechos de transmisión y no tienen más que un pequeño número de obligaciones, como la de asistir á los tribunales de justicia, la de contribuir á la labranza señorial y la de proporcionar al señor un caballo para sus transportes. Hasta los simples «huéspedes», «villanos» ó «medieros» poseen una casa con corral y jardín; pero sobre ellos pesan muchas cargas: pagan, en dinero ó en frutos, rentas y censos por sus tierras y derechos por las herencias ó por las ventas; deben suministrar en determinados plazos una cantidad de vituallas ó satisfacer pequeñas rentas en pollos, huevos, pan y caza; ceden al señor una parte de su trigo, de su pan y de sus manzanas para pagar la molienda y el uso del horno y de la prensa señoriales; han de prestar servicios personales, transportes, acarreos, labores, trabajo en el arado, en las trojes, en los henos, en el estercolero, en la guarda de cerdos, en el esquila

(2) Dureau de la Malle, *Document statistique inédit du XIV<sup>e</sup> siècle*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», II, 1840-1841.

(3) Muchas pequeñas poblaciones debían tener también mayor número de habitantes que ahora: así, por ejemplo, Cordes (Tarn), que antes de la peste de 1341 tenía, según parece, de 5.000 á 6.000 almas, no contaba en 1891 más que 1.995. Portal, *Essai d'étude démographique sur Cordes*, «Bibliothèque de l'École des Chartes».

(4) Delisle, *Études sur la condition de la classe agricole et l'état de l'agriculture en Normandie au Moyen Age*, 1851.

de los carneros; hacen la ronda en el castillo, pagan el diezmo sobre los granos, los vinos, los frutos, las crías de los animales, los henos, los quesos, la lana, etc., bien sea al cura, al obispo ó al señor. Los medieros están encargados de los servicios domésticos en el castillo. El total de cargas es todavía pesado, pero todo está regulado y convenido y el aldeano puede siempre redimirse de los servicios mediante dinero. Aparecen y se propagan nuevas formas de explotación de la tierra; muchos aldeanos tienen *fiéffermes* ó concesiones á perpetuidad sobre los propios dominios del señor, sin otra condición que el pago de una renta fija ó de un derecho proporcional sobre las cosechas; otros son arrendatarios ó locatarios, satisfaciendo, como hoy en día, un arrendamiento ó un alquiler.

Un aldeano del siglo XIII que se hubiese aparecido de pronto en una granja normanda á mediados del siglo XIX, antes de introducirse el uso de las máquinas agrícolas, hubiera experimentado bien poca sorpresa. En su tiempo labraba ya la tierra con caballos lo mismo que con bueyes; el arado de que él se servía, apenas se diferenciaba de nuestros arados montados en madera; su mayal y su harnero eran muy parecidos á los que todavía usan nuestros campesinos; los hermosos hórreos de las granjas modernas le habrían recordado los de su señor; en los campos habría observado alguna disminución de cereales, de lino, de cáñamo y de guisantes y la desaparición de las plantas tintóreas y de la mayor parte de los viñedos, y en cambio habría visto con extrañeza el cultivo de la colza, del pipirigallo y del alforfón y se habría asombrado sobre todo ante la supresión de los barbechos y el desarrollo de los prados y de las vías de comunicación. Seguramente no habría apreciado la sidra, tan poco estimada en su tiempo que el beberla constituía una mortificación; y, por último, habría encontrado el ganado menos numeroso que en el siglo XIII, en que abundaba, gracias á los derechos de pasto, y era la principal riqueza del labriego. En una palabra, el aspecto de la vida rural habría parecido casi el mismo que el de su tiempo.

La Normandía no era el único país en donde prosperaba la agricultura. Hasta nosotros han llegado unos documentos muy curiosos del primer cuarto del siglo XIV, relativos á las haciendas de un gran propietario del Artois, Thierry de Hireçon, que fué obispo de Arrás (1). Todos los detalles que esos documentos nos proporcionan dan idea de un cultivo activo, bien dirigido y muy variado: la producción del trigo aproximábase á la de nuestros días, puesto que en igualdad de terrenos fué aquella, desde 1319 á 1327, de 7 á 11'6 y en la actualidad, con todos los adelantos agrícolas, es de 11 á 13. El ganado abundaba; los jardines estaban bien cuidados; las granjas hallábanse bien provistas de material, y las mujeres, que en gran número se ocupaban en labores agrícolas, trabajaban cinco días y medio por semana y cobraban sus jornales todos los sábados. Si se compara el precio de los artículos con la tasa de los salarios, se ve que los obreros á destajo podían alimentarse convenientemente. La *maisnie*, formada por

(1) Richard, *Thierry d'Hireçon, agriculteur artoisien*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», LIII, 1892. Véase también Joubert, *La vie agricole dans le Haut-Maine au XIV<sup>e</sup> siècle* (1335-1442), 1886.

los guardas, criados y criadas á sueldo, vivía en la hacienda, y á los salarios y «cortesías» ó gratificaciones benévolas del propietario juntaba otras ventajas, tales como los derechos de uso, sea en el bosque señorial, sea en los bosques «comunes» de la parroquia; la espigadura, que viene á ser un derecho de los pobres, y varias tolerancias que les ayudan á vivir. En todas las poblaciones, hasta en las aldeas, existen instituciones de beneficencia, «mesas de los pobres» ú oficinas de caridad, hospitales adonde van á parir las mujeres, cofradías y distribuciones de víveres y de ropas.

También prospera la agricultura en el Mediodía, en los alrededores de Montaubán, por ejemplo. El material agrícola es allí tan completo y el personal tan numeroso como en Normandía ó en Picardía; el vino, muy protegido contra la competencia de los vecinos territorios, se vende á buen precio; los viñedos y los huertos están perfectamente cuidados, y las cosechas de frutos son abundantes; los pastores, cabreros y boyeros, perciben salarios suficientes en dinero, en vestido y en alimentos, y en la granja de Villemade, propiedad de los hermanos Bonis de Montaubán (2), hay un porquero que posee una viña, un boyero propietario de dos casas de la villa, otro que compra una casa, y una pastora que da á guardar á su amo treinta y tres florines. Otro tanto, poco más ó menos, puede decirse de los demás territorios del reino de Francia.

En las ciudades encontramos los mismos signos de prosperidad. París es una ciudad muy grande, la primera de Occidente, que encierra todas las industrias, todos los comercios y todos los géneros de población urbana. Sus dimensiones son muy reducidas; pues París, que hoy ocupa una superficie de cerca de ocho mil hectáreas, no tenía más que doscientas cincuenta y tres en el recinto del tiempo de Felipe Augusto y cuatrocientas treinta y nueve en el de la época de Carlos V; pero los escritores de comienzos del siglo XIV, Godofredo de París y Juan de Jandún, nos describen una multitud activa y compacta dentro de tan estrecho espacio.

El aspecto de París era en extremo pintoresco (3): alrededor de la ciudad, grandes burgos ó arrabales que forman unas afueras muy habitadas; en los caminos que conducen á las puertas, una larga serie de posadas y tabernas; después, la espesa muralla guarnecida de torres y puertas fortificadas; en el centro de la población, el Sena, vía mercantil de activo tráfico, con servicios de transportes, riberas de desembarque y almacenes en donde descargan sus mercancías los buques del Ansa de los mercaderes del agua, sociedad poderosa, enriquecida por el monopolio del tráfico en una parte de la corriente del Sena; y entre los brazos de este río, varias islas, entre ellas la Cité con sus quince parroquias y el palacio real.

El Pequeño Puente, poblado de tiendas de boticario, pone en comunicación la Cité con la orilla izquierda, en donde está el ruidoso barrio universitario con sus escuelas, sus grandes conventos, sus pergamineros, sus escribientes, sus iluminadores y sus libreros. En el otro bra-

(2) Forestié, *Le livre de comptes des frères Bonis*, 1890.

(3) Le Roux de Lincy y Tisserand, *Paris et ses historiens*, 1867. Berty, *Topographie de l'ancien Paris*, en curso de publicación desde 1866.